

Félix Armando Núñez

Las estrellas



SI como ahora hay una ciencia misteriosa de los destinos humanos a la que ávidamente se recurre para comprender cada uno su personalidad—la psicología del inconsciente y de los complejos—en otros tiempos se creía nuestra suerte anudada a las estrellas y a los planetas y se dirigía su vista al éter constelado no sólo para admirar a Dios. («El firmamento narra las glorias del Señor») sino además investigando las veleidades de nuestro Hado. Se tenía buena estrella o mala estrella. Los signos del Zodíaco cumplían el doble fin de ser cifras indicadoras de la marcha de meses y estaciones y de someter a su influencia fatal el porvenir de la raza de Adán. El simbolismo de las estrellas debe ser tan antiguo como la humanidad: son tan lindas, tan altas, tan puras, tan sobrecogedoras a la vez. Brillan como gemas de fina policromía: producen un escalofrío cósmico como claves de Enigmas que están fuera de nuestro alcance. Y además sabemos que son miríadas de soles gigantescos en un espacio que produce vértigo, y fren-

te a su profusión de dorada polvareda nos encogemos en una pequeñez casi anonadada. Vienen a nuestra mente, mirándolas, los maravillosos versos de Leopardi:

«E quando miro in cielo arder le stelle
dico fra me pensando:
A che tante facelle
che fa l'aria infinita, e quel profondo
infinito seren? ¿che vuol dir questa
solitudine immensa? ed io che sono?»

Una estrella, la de Belén anunció a los cristianos, el mayor acontecimiento de los siglos. Para embellecer a la Virgen María, expresión de máxima pureza e idealidad, se le ha nimbado de una aureola de epítetos marfilíneos en que resplandece como un jazmín celeste el de «estrella matutina». Y el Dante, cuya voluntad de piedra sublime en que cantaban ángeles de fuego se acrisolaba en platónicas hogueras, termina cada uno de los libros de la Divina Comedia con la sugerente y argentina palabra: «Stella».

Del Infierno:

«uscimmo a riveder le stelle».

Del Purgatorio:

«Rifatto si comme pianta novella
rinnovelato di novella fronda,
puro e disposte a salir alla stella»

Y al final del Paraíso:

«L'amor che muove il sole e l'altre stella»

Casi no ha habido poeta de alto vuelo para quien las estrellas no hayan constituido un tema de profunda inspiración. Nuestro incomparable Fray Luis lo desarrolló con su habitual maestría y elevación académica en «Noche Serena»:

«Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado...

A pesar de la frecuencia de lugar común literario que muestra el asunto, una nueva poesía sobre las estrellas nos ha producido un largo escalofrío, uno de los más punzantes que nuestra sensibilidad haya experimentado. La ha compuesto el estremado poeta chileno Jorge Hübner Bezanilla. La encontramos acaso una de estas azules mañanas del invierno penquista, cuando el sol escondido semanas enteras y casi olvidado aparece, de pronto, como una joya nueva. La recortamos de un diario local que la ha reproducido tal vez con las letras más pequeñas de sus linotipias. A pesar de nuestros flamantes anteojos y de la refulgencia del día la copiamos «con gran pena». Involuntariamente hemos recordado una frase de Domingo Gómez Rojas: «Los versos no deben publicarse en caracteres grandes, porque no han sido escritos para los miopes». Estamos

frente a un contraste: una gran poesía en las más minúsculas letras. Hela aquí:

LAS ESTRELLAS

Candelabros prendidos en las noches sin luna
para guiar a antiguos navegantes: topacios
a través de los cuales leían su fortuna
y que hoy hablan del vértigo sin fin de los espacios.

Estaban cerca, daban toda su pedrería
como una lluvia de iris; pero hoy se alejan tanto
que alumbrando su vida toda la vida mía,
dejan el cielo inmenso suspenso ante el espanto.

Oh!, quién por ignorar fuese como esa niña
amorosa marchando en la noche del estío
que saliera a buscar su sino en la campiña,
y lo hallara en los astros jugando sobre el río.

Yo las sé como enormes burbujas de misterio
rechazadas al fondo del espacio. Macabra
negación. Incesante viajar de un cementerio
en que no hay una flor ni canta una palabra.

Y ante esta inmensidad, arrojo como un grito
de soledad total. ¿Por qué sino tremendo
vaga esta tierra frágil en que un Dios infinito
dejó entre mundos muertos vidas que están sufriendo?

Unas pocas antítesis contundentes: la amable ingenuidad de la niña, de la infancia del hombre y de los pueblos («estaban cerca») en contrapunto con la acerba ciencia de las edades adultas («hoy se alejan tanto»), la alusión a los navegantes nocturnos para ampliar el horizonte de la imaginación herida; la evocación del oculto saber que leía destinos a través de las piedras preciosas; el delicadísimo símil que asocia el resplandor de las estrellas a las gemas y a «una lluvia de iris»; la rapidez de la ejecución, que resalta al definir la desolación absoluta «en que no hay una flor ni canta una palabra» la brevedad del conjunto; la sencillez de la sintaxis y del vocabulario, que hasta un niño entendería; las fáciles estrofas: todo concurre aquí a producir una impresión de arte insuperable. Queda satisfecha con plenitud la sabia fórmula clásica: «El máximo de efecto artístico con el mínimo de recursos». Y mucho más que todo eso: que en el amor y en la creación artística el todo debe ser mayor que la suma de las partes. Y más allá del análisis viene el salto para situarse en la corriente vital, en lo supra-lógico, en lo irreductible e inefable: o no hay arte, ni amor, ni simpatía. Ya lo expresó Eugenio d'Ors en bellas palabras: «Sobre la piedra que dividía el torrente, escribió un químico:—El agua es H_2O —. Pasó un poeta y rectificó: El agua es $H_2O +$ una canción». Pero análisis y síntesis, y espíritu e intuición no se excluyen, sino que recíprocamente se complementan y enriquecen.

¿Qué decir ahora del fondo de este poema, que contiene una «macabra negación» ascítica? Se nos reproduce en la memoria el único fragmento de Anaximandro que ha llegado hasta nosotros: «Las cosas deben volver, según el destino, a la substancia de donde han salido; pues deben cumplir una condena y una expiación por sus culpas según el orden del tiempo». Es verdad que normalmente nos domina un diáfano sentimiento de la armonía cósmica; pero—¡oh magia del verso!—el poeta ha logrado comunicarnos la angustia de su enorme pesadilla sideral, precisamente, porque es un gran poeta... Y una noche larga las estrellas han lacerado la carne de nuestro espíritu como un cilicio de helados clavos.

En vano buscamos en toda la literatura hispanoamericana de antaño y hogaño otra poesía que logre la intensidad penetrante y la amarga belleza de ésta.

Jorge Hübner Bezanilla es uno de esos inmensos poetas que no han tenido ni tendrán nunca cartel: como Max Jara, como Carlos Mondaca, pero en mayor grado. Apenas se habla de él. En «Nuestros Poetas», Armando Donoso lo presenta así: «Aunque no ha publicado ningún libro, este poeta cuenta entre los líricos jóvenes más interesantes de Chile. Obra pura, de intenso calor pasional, tiene la perfección de la forma y el acento de una estremecida inquietud». Y Federico de Onís en su «Antología», tal vez fundándose en el juicio anterior, anota: «No ha publicado ningún libro. Es, sin embargo, uno de los mejores poetas de aquella

generación chilena que produjo una poesía personal y sincera, estremecida por el dolor y el misterio».

Nosotros no conocemos más de una media docena de poesías suyas. Nos sabíamos de memoria «El Arbol», de singular profundidad:

«Y tú inmovilizado junto a cualquier camino nos dices que encontraste tu sitio en este mundo».

Pensamos en esos poetas excepcionales que en realidad no han compuesto sino una sola poesía; pero ¡qué poesía! ¿No han abierto como flores solitarias de cimas el modelo de la elegía privada de nuestro idioma, «Las coplas» de Jorge Manrique, y el modelo inimitable de la elegía pública, «A las ruinas de Itálica» de Rodrigo Caro? ¡Y a cuántas leguas de distancia se hallan de las demás elegías en castellano! Pensamos también en Gutiérrez Cetina, en Félix d'Arvers...

Estrellas de los poetas, grande o pequeña estrella inalcanzable: ¿Qué quedará de tanta obra y tantos sacrificios? Con su nunca desmentida sabiduría, el mejicano Enrique González Martínez advierte una estrofa lapidaria:

«Quizás entre la angustia que colma el Universo por excepción atines con una nota fiel y hagas un verso solo; mas sabe que ese verso prolongará tu espíritu y vivirán en él».

Concepción, 17 de agosto de 1944.